

LA ESCRITURA DE LA HISTORIA

Michel de Certeau

TRADUCCIÓN DE JORGE LÓPEZ MOCTEZUMA



UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

1985

ÍNDICE

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN	11
ESCRITURAS E HISTORIAS	15

PRIMERA PARTE

PRODUCCIONES DEL LUGAR

Capítulo I. <i>Hacer historia</i>	33
1. Un indicador: el tratamiento de la ideología religiosa en la historia	36
2. Prácticas históricas y praxis social	46
3. La historia, discurso y realidad	53
4. La historia como mito	64
Capítulo II. <i>La operación historiográfica</i>	71
1. Un lugar social	73
Lo no dicho	73
La institución histórica	76
Los historiadores en la sociedad	82
El que permite y el que prohíbe: el lugar	86
2. Una práctica	87
La articulación naturaleza-cultura	90
El establecimiento de las fuentes o la redistribución del espacio	92
Hacer resaltar las diferencias: las desviaciones del modelo	97
El trabajo sobre el límite	101
Crítica e historia	106
3. Una escritura	109
La inversión de la escritura	110
La cronología o la ley enmascarada	113
La construcción desdoblada	118
El lugar del muerto y el lugar del lector	126

SEGUNDA PARTE

PRODUCCIÓN DEL TIEMPO.
UNA ARQUEOLOGÍA RELIGIOSA

Introducción. Cuestiones de método	133
Capítulo III. <i>La inversión de lo pensable. La historia religiosa del siglo xvii</i>	141
1. La religión en la época clásica	141
2. La interpretación histórica	158
Capítulo IV. <i>La formalidad de las prácticas. Del sistema religioso a la ética de las luces (siglos xvii-xviii)</i>	163
1. De la división de las iglesias a la "razón de estado" (siglo xvii)	167
2. Una nueva formalidad de las prácticas: la politización de los comportamientos	174
3. La lógica del "practicante": una alternativa entre el deber de estado y el profetismo	181
4. La ética filosófica: "legalidad" y "utilidad" en el siglo xviii	192
5. Las leyes propias del grupo religioso: reducción al silencio y administración cultural	206

TERCERA PARTE

SISTEMAS DE SENTIDO:
LO ESCRITO Y LO ORAL

Capítulo V. <i>Etno-grafía. La oralidad o el espacio del otro: Léry</i>	225
1. La "lección de escritura" en Jean de Léry (1578)	229
2. La reproducción escriturística	234
3. Una hermenéutica del otro	237
4. La palabra erotizada	247
5. Visto y/u oído: el ojo y el oído	252

historia, establece un "gobierno de la naturaleza" sobre un modo que concierne a la relación del presente con el pasado y en tanto que el pasado no es un "dato", sino un producto.

En este rasgo común a toda investigación científica, es posible encontrar los puntos que la constituyen precisamente como una técnica. No quiero volver a tratar aquí de los métodos de la historia. Con estos sondeos, trato solamente de evocar el tipo de problema teórico que presenta en historia el examen de su "aparato crítico" y de sus procedimientos técnicos.

El establecimiento de las fuentes o la redistribución del espacio

En historia, todo comienza con el gesto de *poner aparte*, de reunir, de convertir en "documentos" algunos objetos repartidos de otro modo. Esta nueva repartición cultural es el primer trabajo. En realidad consiste en *producir* los documentos por el hecho de copiar, transcribir o fotografiar dichos objetos cambiando a la vez su lugar y su condición. El gesto consiste en "aislar" un cuerpo, como se hace en física, y en "desnaturalizar" las cosas para convertirlas en piezas que llenan las lagunas de un conjunto establecido a priori. Forma la "colección", convierte las cosas en un "sistema marginal", como dice Jean Baudrillard⁴⁸; las destierra de la práctica para convertirlas en objetos "abstractos" de un saber. Lejos de aceptar los "datos", él mismo los forma. El material es creado por acciones concertadas que lo distinguen en el universo del uso, que lo buscan también fuera de las fronteras del uso y que lo destinan a un nuevo empleo coherente. Es la huella de actos que modifican un *orden* recibido y una *visión* social⁴⁹. Esta ruptura, introductora de signos abiertos a tratamientos específicos, no es solamente ni en primer lugar el efecto de una "mirada"; se necesita además una operación técnica.

Los orígenes de nuestros Archivos modernos implican ya, en efecto, la combinación de un *grupo* (los "eruditos"), de *lugares*

⁴⁸ Jean Baudrillard, "La colección", en *Le Système des objets*, Gallimard, 1968, pp. 120-150.

⁴⁹ Desde este punto de vista, los "documentos" históricos pueden ser asimilados a los "signos icónicos" cuya organización es analizada por Umberto Eco: éstos "reproducen", nos dice, "algunas condiciones de la percepción común basándose en los códigos perceptivos normales" ("Semiología de los mensajes visuales", en *Communications*, 1970, núm. 15, pp. 11-51). Digamos, dentro de esta perspectiva, que hay trabajo científico cuando hay cambio en los "códigos de reconocimiento" y en los "sistemas de expectación".

(las "bibliotecas") y de *prácticas* (copiado, impresión, comunicación, clasificación, etcétera). Si seguimos la línea, nos encontramos con un complejo técnico inaugurado en Occidente con las "colecciones" reunidas en Italia y después en Francia a partir del siglo xv, y financiadas por grandes mecenas deseosos de apoderarse de la historia (los Médicis, los duques de Milán, Carlos de Orléans y Luis XII, etcétera). En estas colecciones se conjugan la creación de un nuevo *trabajo* ("coleccionar"), la satisfacción de nuevas *necesidades* (justificación de grupos familiares y políticos recientes gracias a la introducción de tradiciones, de cartas y de "derechos de propiedad" propios), y la producción de nuevos *objetos* (los documentos que se aíslan, conservan y vuelven a copiarse), cuyo sentido será definido en el futuro por su relación con el todo (la colección). Una ciencia que nace (la "erudición" del siglo xvii) recibe con estos "establecimientos de fuentes" —instituciones técnicas— su base y sus reglas.

Ligada en un principio a la actividad jurídica entre los hombres de pluma y de toga, abogados, escribanos de oficina, curadores de archivos judiciales⁵⁰, la empresa se vuelve expansionista y conquistadora desde el momento en que pasa a las manos de especialistas; se hace productora y reproductora obedeciendo a las leyes de la multiplicación. Desde 1470 se alía con la imprenta⁵¹: la "colección" se convierte en "biblioteca". "Coleccionar", será durante mucho tiempo fabricar objetos: copiar o imprimir, encuadernar, clasificar... Juntamente con los productos que multiplica, el coleccionista se convierte en actor dentro de la cadena de una *historia que está por hacerse* (o por rehacerse), según las nuevas pertinencias intelectuales y sociales. Así pues, la colección, al cambiar completamente los instrumentos de trabajo, redistribuye las cosas, redefine las unidades del saber, introduce las condiciones de un segundo comienzo al construir una "máquina gigantesca" (Pierre Chaunu) que hará posible una historia diferente.

El erudito quiere totalizar las innumerables "rarezas", producto de las trayectorias indefinidas de su curiosidad, y por lo tanto inventa lenguajes que aseguren su comprensión. Si juzga-

⁵⁰ Cfr. Philippe Ariès, *Le Temps de l'histoire*, Mónaco, Ed. du Rocher, 1954, pp. 214-218.

⁵¹ Gilbert Ouy, "Las bibliotecas", en *L'Histoire et ses méthodes*, Enc. Pléiade, 1961, p. 1066, acerca del acuerdo firmado entre Guillaume Fichet y tres impresores alemanes con el fin de fundar el taller tipográfico de la Sorbona y de asegurar la copia de los manuscritos que G. Fichet conseguía en parte él mismo para la biblioteca del Colegio de la Sorbona.

mos según la evolución de su trabajo (pasando por Peiresc y Kircher, hasta Leibniz), el erudito se orienta, desde el fin del siglo XVI, hacia la *invención* metódica de nuevos sistemas de signos gracias a procedimientos analíticos (descomposición, recomposición)⁵². Se ve habitado por el sueño de una taxonomía totalizadora y por la voluntad de crear instrumentos universales proporcionados a esta pasión por lo exhaustivo. Por mediación de la *clave*, básica en este “arte de descifrar”, se encuentran homologías entre la erudición y las matemáticas. Ciertamente a la *clave*, destinada a construir un “orden”, se opone el *símbolo*: este último, ligado a un texto *recibido* que nos remite a un *sentido oculto* en la figura (alegoría, blasón, emblema, etcétera), implica la necesidad de un *comentario autorizado* por parte de quien es lo suficientemente “sabio” o profundo para reconocer dicho sentido⁵³. Pero, por parte de la clave, desde las series de “rarezas” hasta los lenguajes artificiales o universales —por ejemplo, de Peiresc a Leibniz—, si los recovecos y las desviaciones son numerosos, se inscriben sin embargo en la línea de desarrollo que va a introducir la *construcción de un lenguaje*, y por lo tanto la producción de técnicas y objetos propios.

El establecimiento de las fuentes requiere también hoy en día un gesto fundador, significado como ayer por la combinación de un lugar, de un “aparato” y de técnicas. Primer indicador de este desplazamiento: no hay trabajo que no tenga que utilizar *de un modo diferente* los fondos conocidos, y que no tenga que cambiar el funcionamiento de archivos definidos hasta ahora por un uso religioso o “familiar”⁵⁴. De la misma manera, bajo el pretexto de que se trata de pertinencias nuevas, convierte en documentos a las herramientas, a las recetas de cocina, a las canciones, a la imaginaria popular, a la distribución de los terrenos, a la topografía urbana, etcétera. No se trata solamente de hacer hablar

⁵² Siendo su “biblioteca” lo que el erudito *constituye* (y no lo que *recibe*, como será el caso más tarde para los “conservadores” de Bibliotecas creadas antes que ellos), parece haber continuidad en el terreno de la *escritura*, entre la producción de la *colección* de textos y la producción de *claves* destinadas a descifrarlas.

⁵³ Cfr. Madeleine V. David, *Le Débat sur les écritures et l'hiéroglyphe aux XVII^e et XVIII^e siècles*, Sevpén, 1965, pp. 19-30.

⁵⁴ De esta manera, en su *Guide des archives diocésaines françaises* (Centro de Historia del Catolicismo, Lyon, 1971), Jacques Gadille señala “el valor de estos archivos para la investigación histórica”, haciendo notar que permiten la constitución de nuevas “series” preciosas para una historia económica o para una historia de las mentalidades (*op. cit.*, pp. 7-14).

a esos “sectores inmensos que duermen en la documentación”⁵⁵, de dar voz a un silencio o efectividad a un posible. Se trata de cambiar una cosa, que tenía ya su condición y su papel por desempeñar, *en otra cosa* que funcione de una manera distinta. Así pues, no se puede llamar “investigación” al estudio que adopta pura y simplemente las clasificaciones de ayer, que, por ejemplo, “se mantiene” en los límites trazados por la serie H del Archivo, y que por lo tanto no define un *campo* objetivo propio. Un trabajo es “científico” si realiza una *redistribución del espacio* y consiste en primer lugar en *darse* un lugar por el “establecimiento de fuentes” —es decir por una acción que instituye y por técnicas que transforman.

Los procedimientos de esta institución nos presentan hoy en día problemas más fundamentales que los que nos presentaron los primeros indicios. Porque cada práctica histórica⁵⁶ no establece su lugar sino gracias al *aparato* que es a la vez la condición, el medio y el resultado de un desplazamiento. Semejantes a los talleres de la paleotécnica, los archivos nacionales o municipales formaban un segmento del “aparato” que ayer determinaba las operaciones proporcionadas a un sistema de investigación. Pero no se puede pretender cambiar la utilización de los archivos sin que su forma cambie. A preguntas diferentes, la misma institución técnica prohíbe proporcionar respuestas nuevas. De hecho, la situación es al revés: otros “aparatos” permiten desde ahora la investigación de preguntas y de respuestas nuevas. Ciertamente, una ideología del “hecho” histórico “real” o “verdadero” se encuentra todavía en nuestros tiempos; aún prolifera en cierta literatura *sobre* la historia. Pero no es sino la folklorización de prácticas antiguas, una palabra helada que sobrevive a batallas ya terminadas y que muestra el atraso de las “ideas” recibidas en lo referente a las prácticas que han de cambiarlas tarde o temprano.

La transformación de la “archivística” es el punto de partida y la condición de una nueva historia. Está destinada a desempeñar el mismo papel que desempeñó la “maquinaria” erudita de los siglos XVII y XVIII. Voy a poner un ejemplo: la intervención de la *computadora*. François Furet ha mostrado algunos de los efectos producidos por “la constitución de archivos nuevos conservados en cintas perforadas”: todo adquiere significado en

⁵⁵ François Furet, “La historia cuantitativa y la construcción del hecho histórico”, en J. Le Goff y P. Nora, *Faire de l'histoire*, Gallimard, t. 1, p. 49.

⁵⁶ Es preciso entender aquí, no los métodos propios de tal o cual historiador, sino, como en las ciencias exactas, el *conjunto de procedimientos* que caracteriza a un período o a un sector de la investigación.

función de una serie, y no porque se retirara a una "realidad"; sólo es objeto de investigación lo que ya está formalmente construido antes de la programación, etcétera⁵⁷. Y esto no es sino un elemento particular y una especie de síntoma de una institución científica más extensa. El análisis contemporáneo trastorna los procedimientos ligados al "análisis simbólico" que ha prevalecido desde el romanticismo y que trataba de *reconocer un sentido dado y oculto*. Este nuevo análisis recupera la confianza en la *abstracción* que caracterizaba a la época clásica —pero la abstracción de ahora es un conjunto formal de relaciones o "estructura"⁵⁸. Su práctica consiste en *construir* "modelos" impuestos por decisiones, en "reemplazar el estudio del fenómeno concreto por el de un objeto constituido por su definición", en juzgar el valor científico de dicho objeto según el "campo de preguntas" a las cuales puede responder y según las respuestas que proporciona, y en "fijar los límites de la significabilidad de dicho modelo"⁵⁹.

Este último punto es capital en historia. Porque si es verdad que de una manera general el análisis científico contemporáneo trata de *reconstruir* el objeto partiendo de "simulacros" o de "argumentos", o lo que es lo mismo, trata de darse, junto con los modelos relacionales y los lenguajes (o metalenguajes) que produce, el medio de multiplicar o de transformar sistemas constituidos (físicos, literarios o biológicos), la historia tiende a poner en evidencia "los límites de la significabilidad" de dichos modelos o lenguajes: ella vuelve a encontrar, bajo la forma de un *límite* relativo a *modelos*, lo que aparecía ayer bajo el aspecto de un *pasado* relativo a una epistemología del *origen* o del *fin*. Por todo esto, me parece, la historia es fiel a su propósito fundamental que todavía está por definirse, pero del que ya se puede decir que la une simultáneamente a lo real y a la muerte.

La especificación de su función no está determinada por el aparato mismo (el ordenador, por ejemplo) que coloca a la historia en el conjunto de presiones y posibilidades nacidas de la institución científica presente. La elucidación de lo *propio* de la historia está fuera de centro en lo que se refiere al aparato: la historia refluye en el tiempo *preparatorio* de programación que hace necesario el paso a través del aparato, y es lanzada al otro extremo, en el tiempo de *explotación* que introducen los

⁵⁷ F. Furet, "La historia cuantitativa...", *op. cit.*, pp. 47-48.

⁵⁸ Cfr. al respecto las agudas reflexiones de Michel Serres, *Hermès ou la communication*, Ed. de Minuit, 1968, pp. 26-35.

⁵⁹ André Régner, "¿Matematizar las ciencias del Hombre?" en P. Richard y R. Jaulin, *Anthropologie et calcul*, col. 10/18, 1971, pp. 13-37.

resultados obtenidos. La historia se va elaborando, en función de las *prohibiciones* que fija la máquina, por los objetos de investigación que construye, y en función de lo que *permite* la máquina, por una manera de tratar los productos *standard* de la informática. Pero estas dos operaciones se articulan necesariamente en la institución técnica que inscribe cada investigación en un "sistema generalizado".

Las bibliotecas de ayer ejercían también la función de "colocar" la erudición en un sistema de investigación. Pero se trataba de un sistema regional. Por esta razón los "momentos" epistemológicos (conceptualización, documentación, tratamiento o interpretación) que se distinguen hoy en día en el interior de un sistema generalizado, se podían mezclar estrechamente en el sistema regional de la erudición antigua. El *establecimiento* de las fuentes (valiéndonos de los aparatos actuales) trae consigo no solamente una repartición nueva de las relaciones razón/real o cultura/naturaleza, sino es el principio de una redistribución epistemológica de los momentos de la investigación científica.

En el siglo XVII, la Biblioteca Colbertina —o sus homólogas— era el punto de reunión donde se elaboraban en común las reglas propias de la erudición. Una ciencia se desarrollaba alrededor de este aparato, que queda como el lugar donde circulan y al que se refieren y se someten los investigadores. "Ir al Archivo", es el enunciado de una ley tácita de la historia. Otra institución está sustituyendo actualmente a este sitio central. Institución que impone a la práctica una ley, pero diferente. Así debíamos nosotros considerar primero la institución técnica que, como un monumento, organiza el lugar donde circulará en lo sucesivo la investigación científica, antes de analizar más de cerca las trayectorias operacionales que la historia traza en este nuevo espacio.

Hacer resaltar las diferencias: las desviaciones del modelo

La utilización de las técnicas actuales de información lleva al historiador a separar lo que hasta ahora estaba unido en su trabajo: la *construcción* de objetos de investigación y también de unidades de comprensión; la *acumulación* de "datos" (información secundaria o material refinado) y su ordenación en lugares donde pueden ser clasificados o desplazados⁶⁰; la *explotación* que

⁶⁰ En la medida en que está ligada al uso de la *computadora*, la informática organiza entre las "entradas" y las "salidas", la clasificación de